

16

**P. Jaime Castiello Fernández
del Valle
28 de Diciembre 1987:
50 Años de su trágico
fallecimiento**

Manuel Acevez Araiza, S.J

CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA

Diseño de la colección: Álvaro Yáñez.

Formato: Patricia Oseguera, Yolanda Toscano.

Tipografía: Gabriela Córdoba, Lucía Trejo.

1a. Edición Primavera 1990.

Tiro: 1000 ejemplares

Derechos Reservados

© Copyright

Pról. Paseo de la Reforma No. 880 01210 México, D. F.

P. JAIME CASTIELLO FERNÁNDEZ DEL VALLE 28 DE DICIEMBRE 1987: 50 AÑOS DE SU TRÁGICO FALLECIMIENTO

Manuel Acévez Araiza, S. J.

El mesianismo es un fenómeno tan antiguo como la misma humanidad. Cuando no se refiere a la espera del verdadero Mesías, Jesús de Nazaret, lo define el pequeño Larousse con estas palabras: “Esperanza infundada en la solución de problemas mediante la intervención de una sola persona”.

Cuando a lo largo de los sesentas y setentas me tocó en suerte recorrer las Provincias de nuestra Asistencia, me topé con relativa frecuencia, con un “mesianismo” jesuítico provincial. Casi siempre que aparecían problemas, casi de cualquier índole que fueran, recurría el nombre de un X padre bien dotado o superdotado, que estaba en el extranjero doctorándose o triductorándose, en un “bienio” que a lo mejor se había corrido ya a cuatro, cinco, . . . siete años. Me hormiguean en la punta de los dedos tres o cuatro nombres de candidatos a ese mesianismo, que tal vez no resolvieron, a la vuelta a su Provincia, todos los problemas cuyas incógnitas los esperaban. La supuesta especialización “todológica” tuvo que irse ciñendo a la realidad y concretándose a un área, que quizá ni era la más urgente de todas en la Provincia, pero sí la más ajustada a los alcances de la persona aludida.

Las generaciones de jesuitas mexicanos ya más o menos próximos a nuestro ocaso, recordaremos el nombre de Jaime Castiello Fernández del Valle, aureolado con visos de ese mesianismo que describí más arriba. En las Noticias de Provincia que se nos leían por los años treintas en el comedor de Ysleta College, Ylketa, Texas, U. S. A., donde estaba entonces nuestra casa de estudios, aparecían con frecuencia cartas del P. Jaime Castiello. Venían de Valkenburg, Holanda; de Bonn, Alemania; de Amiens, Francia; de Fordham University, New York. Y los Superiores de la Provincia pensarían “qué lozana esperanza para resolver cuando venga, tal y tal problema. . .”

Y los bisoños estudiantes, júniores y filósofos, fantasearíamos dentro de nosotros mismos: “qué buen tipo de jesuita pare seguirle las huellas. . . a ver cuándo lo conocemos”. Lo conocimos por fin en febrero de 1937, a su paso de E. E. U. U. a México, y le escuchamos siete magistrales conferencias sobre pedagogía que nos hicieron mucho bien. No tanto como el menudo contacto personal que con él pudimos tener. Siempre que nos recomendaba un libro nos decía que era “lo mejor de lo mejor”. Y clausuró sus charlas afirmando con énfasis que tiene personalidad perfecta el que puede decir: “Anima mea in manibus meis semper”. “Tengo siempre mi alma en las palmas de mi mano”. Y el gesto y ademán sencillo, pero expresivo, robustecía el énfasis de las palabras.

¿Tenía fundamento el mesianismo-Castiello? He aquí el retrato que de Jaime nos traza José Gutiérrez Casillas en “Jesuitas en México durante el siglo XX” (p. 507-8).

“Sobresalió por su talento, su fina educación y su pericia en el canto y en la música, cosas que aprovechó para introducirse en los medios franceses y alemanes. No era menor su fervor religioso. Estudió con provecho y en el terreno los grandes problemas sociales, psicológicos y educativos con el fin de trasladar a México las mejoras. En estas materias alcanzó los honores más altos que puede conceder una Universidad del Estado Alemán. Por su equilibrio de virtudes, ejerció en los estudiantes influencia benéfica. Su frase favorita: “Hay que edificar la Jerusalén celestial con adobes mexicanos”. Propugnador acérrimo de la enseñanza clásica de las lenguas literarias latina y griega”.

Y paladead este agua-fuerte que, en impecable soneto, grabó Don Julio Vértiz:

Un ánimo viril, temple de acero;
Ímpetu irresistible de estocada;
Una destreza limpia, manejada
Por la mano gentil de un caballero.

Un épico perfil de aventurero
sediento de Ideal y de Cruzada;
Ingenuidad de niño, encorazada
En prestancia marcial y toque austero.

¿Qué voz igualará su despedida?
La callada elocuencia con que dijo,
Al caer destrozado en trance infausto:

“YO CONOZCO EL SENTIDO DE LA VIDA
SÓLO HAY UN TRIUNFADOR: EL CRUCIFIJO,
Y UN ÉXITO ANTE DIOS: EL HOLOCAUSTO”.

Esta promesa tan esperanzadora, tuvo su origen en Guadalajara, Jal. el día 16 de diciembre de 1898, cuando vio la luz el sexto hijo de Don Rafael Castiello y Doña María Fernández del Valle, que al ser regenerado a la vida nueva se llamó Jaime Octavio Castiello y Fernández del Valle. Amó siempre a sus padres fiel y entrañablemente y de ellos nos dejó en sendos pareados, una sencilla y transparente imagen:

“Trabajo y honradez. ¡Oh, noble ciencia
la que nos dejas, padre, como herencia!”

“Trabajo y oración, ¡Oh, dulce ciencia
lo que nos diste, madre, como herencia! “.

Su primera infancia se desarrolló tranquila en la hacienda de Buenavista, cercana a la Barca, Jal. y ahí mismo comenzó a familiarizarse con la lectura y con los libros, bajo la dirección de su maestra Nacha Velázquez. Se apasionó por los libros de cuentos, que ya tempranamente fecundaron su imaginación y su sensibilidad. A la profesora Nacha sucedió ahí mismo, en Buenavista, la francesa Irma Niel, quien como responsable institutriz sujetó a Jaime y a sus hermanos a una rígida disciplina de precisos horarios y múltiples asignaturas que había que aprender: piano, música, educación de la voz, francés -por tres horas diarias-, español y cuanta materia cabía en esos grados de enseñanza, que prepararon a Jaime para abrirse a la polifacética cultura que más tarde lo caracterizó. Al humanismo del que fue maestro.

Por Buenavista pasaron más de una vez algunos jesuitas, como el P. Gonzalo Carrasco, que viajaban a San Simón, Mich., donde estaba entonces el Noviciado de la Compañía y en ellos contempló ya Jaime característicos rasgos de los que más tarde serían sus padres y hermanos en Cristo.

Tendría Jaime ocho años, cuando lo llevaron a vivir a Guadalajara y su vida pasó a ser citadina y a erigirle el entrenamiento que pide cualquier cambio semejante. En 1909, Don Rafael hizo un viaje a España, y llevó consigo a su sexto hijo para que conociera a algunos familiares y visitara a sus hermanos mayores Rogelio y Alfonso, que estudiaban ya en Stonyhust, Inglaterra. Ahí decidió Don

Rafael que Jaime -con apenas diez años y medio de edad- se quedara también con sus hermanos, bajo la tutoría de un tal Mr. Killon y la vigilancia de los jesuitas que dirigían el colegio.

Los años de Stonyhurst -1909-1917-, querida Alma Mater de Jaime, siguieron forjando en él al gentleman, en el que siempre soñó su padre y al hombre integralmente cabal, en el que Jaime soñó en transformar a cuantos jóvenes pasaron por sus hábiles manos de educador. El cariño y la lealtad a su colegio la expresaría el bisoño alumno mexicano cuantas veces entonaba con vibrante y fina voz aquella estrofa del himno de Stonyhurst:

“Te ofrecerán tus hijos del futuro
servicios más brillantes que los nuestros,
Pero no corazones más leales,
¡Stonyhurst! ¡Viejo Stonyhurst!

Así el vetusto colegio inglés, contribuyó a afianzar aquella esperanza que en diciembre de 1898, brotó en la solariega casona de Buenavista.

A Stonyhurst le debió Jaime la amistad, entre otras, de dos insignes jesuitas, los Padres Cyrillus Martindale y Martin D'Arcy, de los que nos dejó testimonios como estos:

“Reflexionando sobre mi vida de colegial, pienso que la pasmosa eficacia de C. C. Martindale -cuyo igual no he conocido aún- provenía de que sabía distinguir tan bien lo que era temperamento de lo que era protervia” (Jaime Castiello, por Xavier Ortiz Monasterio, Jus, México 1956).

En cierta ocasión escribió Jaime: “Si yo llevo la sotana de la Compañía de Jesús, a él -al P. Martindale- se lo debo”. (ib).

Del P. D'Arcy sabemos también que era su amigo y confidente íntimo y siguió siéndolo toda la vida. Cuando Jaime hizo sus últimos votos de jesuita el P. D'Arcy le escribió:

“Al volver la vista al pasado y recordar mis relaciones contigo: nuestra creciente amistad, mi alegría con tus ideales. . . , la noche que me platicaste tus intenciones, ¡qué contento me siento con esta consumación!. . . Le doy gracias a Dios porque ahora ya no eres para mí simplemente un amigo sino un hermano muy querido en Cristo”.

Durante el verano de 1968, tuve ocasión de tener, en Londres, varias conversaciones con el P. D'Arcy, anciano ya, y que había tenido a Jaime como alumno siendo él joven “maestrillo”, y cuantas veces platicamos, la charla recaía siempre en Jaime, admirado discípulo y después entrañable amigo y “corona y gloria” del venerable jesuita inglés. El P. D'Arcy murió el 20 de noviembre de 1976.

El último año de la estancia de Jaime en Stonyhurst, marcó un hito glorioso en su carrera intelectual. Participó en una competencia interescolar sobre literatura inglesa y ganó el primer premio por haber obtenido la calificación más alta. En el anverso de la medalla de oro que recibió se lee la siguiente inscripción: “Stonyhurst College - Quant je Puis”. Y en el reverso: “In Oratione Anglica Bene Merenti - Et Dieu Mon Appuy”. Este premio era un pasaporte o una visa aduanal que franqueaba a Jaime el camino del éxito, la gloria, el honor, en cuantas lides universitarias y académicas él hubiera querido aventurarse. Pero. . . él había sido tocado ya adentro por la mirada del Maestro que despreció la gloria y el honor terrenos y “hombre nuevo” había decidido dar su nombre a la Compañía de Jesús a

cuyos hijos exhortó San Ignacio a vestirse de la librea de Jesús -el deshonor y el desprecio- para más de cerca seguir a imitar a Quien por redimimos afrontó el vilipendio y la deshonra hasta la muerte.

Por orden de su padre -alarmado por la noticia que le daba Jaime de querer hacerse jesuita- volvió a Guadalajara a mediados de 1917. Se incorporó sin resistencia ni remilgos a la vida familiar que había dejado años atrás y afrontó, decidido, con su padre el agudo problema del permiso para entrar al Noviciado de los jesuitas: “¿Recuerdas que te pedí permiso para entrar en la Compañía de Jesús?” Su padre bajo los ojos y se quedó mudo, como si realmente lo hubieran herido de muerte. En su seriedad de bronce se adivinaba el álgido conflicto interior. Después de unos momentos, con voz ronca y muy baja le contestó: “Te suplico que hasta dentro de un año no me vuelvas a decir ni una palabra de esto”. Gastó Jaime el año en la lectura, la reflexión, la convivencia natural con los suyos y con la nueva sociedad que le rodeaba y afrontó una crisis interna contra su vocación. A la Virgen atribuyó el haber salido triunfante, cuando una vez le dijo: “Perdí la vocación y milagrosamente me la restituiste”.

Así fue que al año, en Julio de 1918, cumplido el compromiso con su padre, se le presentó de nuevo y obtuvo, no sin lucha y un intenso dolor de Don Rafael, el anhelado permiso para seguir el llamado de Cristo para entrar en la Compañía (o. c. pp77. . .). Esto debió haberse realizado en Fort Stockton, Texas, donde estaba el noviciado de los jesuitas, pero se le negó la entrada a los Estados Unidos, porque su cultura y su calidad de “políglota” le hicieron sospechoso de espía. . . Fue destinado a Granada, España, y ahí, el 15 de noviembre de 1918, comenzó a añadir a su firma las letras: n. S. J.: novicio de la Compañía de Jesús. Atrás glorias académicas y esperanzas familiares honoríficas. Despojo, al menos temporal, de todos los logros duramente conquistados. Horizontes inciertos y nuevos éxitos sólo vislumbrados a través de las penumbras tenebrosas de la fe. . . Un pobre puñado de arcilla, en el que un Alfarero invisible se ha propuesto modelar una imagen sólo por Él querida y conocida, al sólo arbitrio de Su Absoluta y Libérrima Voluntad. Así forja Cristo -haciendo y deshaciendo, tejiendo y destejiendo- a los que Él quiere totalmente “disponibles” para que oigan su llamamiento personal: “has de ser contento de trabajar conmigo”.

Contento y disponible paso el jesuita Jaime Castiello los escasos veinte años que el Sumo Capitán Jesús -incomprensible a incompredido en tantos de sus planes- le concedió vivir “dizque” preparándose para ser después un digno émulo de los Martindale y D'Arcy, de los Martínez Silva, Méndez Medina o Julio Vértiz, que gastaron décadas en lides apostólicos y vieron sus sienas blancamente coronadas de triunfos o brillantemente aureoladas por respetables calvicies. Él, Jaime, que a los pocos meses de pisar de nuevo tierras mexicanas. . . para tratar de transformarlas en parcelas del Reino de Dios incoado aquí abajo, las regó pronto con su sangre, en Zimapán, Hgo., víctima de prosaico y trágico accidente automovilístico. No a los 39 años, sino sólo a los 33, Alguien más dio toda su sangre en sacrificio redentor, que sigue completando con estos otros holocaustos de su mismo cuerpo. . . “Cristianos” miembros de un Cristo.

En mirada retrospectiva diremos que la trayectoria jesuita de Jaime Castiello, no fue en lo cronológico y geográfico tan disímil de la mayoría de sus hermanos en religión. En los aspectos espirituales, nació engendrado por los Ejercicios de San Ignacio y creció amamantado por los mismos, al ritmo apremiante que marcó el Fundador para sus hijos, a fin de cambiar al hombre viejo y mundano que recibe, en el nuevo que él quiere: el del “tanto cuanto”, el “indiferente” y del “magis” (más), capaz de “afectarse en oblaciones de mayor estima y mayor momento”, hasta llegar a la cumbre de ser un “contemplativo en la acción”, que “salido de su propio amor e interés” viva sólo para su Creador y Señor y para los intereses de Su Mayor Gloria.

En el campo intelectual, Jaime estaba más preparado e iría cosechando en cada etapa frutos de lo ya sembrado en años stonyhurnianos.

El calendario y el mapa de su vida se trazaron así: novicio y estudiante de Tetras en Granada, España, 1918-1923; estudiante de filosofía en Sarria, Barcelona, hispana, 1923-1926; magisterio, es decir enseñanza en colegios, en Granada, Nicaragua, C. A. 1926-1929; estudios de teología en Valkenburg, Holanda, 1929-1931; agosto 27 de 1931, es ordenado de sacerdote; estudios especiales en la Universidad de Bonn, Alemania, 1933-1935. aquí vuelven los honores académicos y universitarios y se inicia la producción científica de Jaime, con su tesis doctoral; 1935 tercera aprobación, último troquel que modela al jesuita, en Amiens, Francia; 1936, Profesor de Psicología en Fordham University, New York, E. U. A.

Sus clases cuajan en varios folletos y en su obra maestra “A Humane Psychology of Education”. (Una Psicología Humanista de la educación, Jus, México 1947). El 2 de febrero de 1936 hace su Profesión Solemne y a principios de 1937 regresa a México para que se depositen en sus manos las esperanzas (mesiánicas) largamente fraguadas durante ansiosos años de espera. Lo hacen luego Director de los Centros “Labor” y “Ley” y de la UNEC (Unión de Estudiantes Católicos) y convive en la Residencia de Enrico Martínez, D. F., con varios de los jesuitas más prestigiados y de mayor influjo a nivel nacional en la Republica.

La UNEC era una asociación nacional de Universitarios que fue muy elogiada por S. Santidad en la carta apostólica del 28 de marzo de 1937, y se encontraba establecida en México, Guadalajara, Puebla, Monterrey, Morelia, Saltillo, San Luis Potosí, Mérida, Querétaro, Aguascalientes, Durango, Oaxaca, Zacatecas y Torreón; con un total de 837 socios efectivos y directores de diversas cedulas que influían poderosamente en más de 18,000 estudiantes. Todo esto se ponía en manos del recién llegado. Los planes de Dios eran, sin embargo, muy distintos. El 28 de diciembre de ese mismo año 1937, mientras iba camino de Michoacán a celebrar unas jornadas sobre Tata Vasco, cuya imagen quería “Desempolvar” oyó inesperadamente una voz: “Ven, siervo bueno y fiel”. El llamado irreflexivo y tardío, de un compañero de ruta, le advirtió que se había pasado una curva y el golpe de volante que dio Jaime para rectificar la dirección se tradujo en la maroma del convertible en que viajaban y lo hizo pronunciar su definitivo: “voy Señor”. Repitamos.

“Solo hay un triunfador: El Crucifijo y un éxito ante Dios: el holocausto”.

“. . . tiene razón el refrán, que uno siembre y otro cosecha. Yo los envié a segar lo que no habían labrado, fueron otros los que labraron y ustedes han entrado en su labor. (Jn. 4,37-38).

Qué bueno sería que al celebrar este cincuentenario de la despedida para el cielo del P. Jaime Castiello, entráramos a segar en la labranza que el dejó preparada.

Tres fueron los surcos más profundos y prolíferos de la labranza de Jaime Castiello: el que fructificó en el hombre cabal y maduro -con temprana madurez- y generó aquella personalidad por él definida “anima mea inmanibus meis semper”; “soy siempre dueño de mí y de mis actos”; el que nos dejó como modelo de un auténtico humanista y pedagogo universitario, y el que enriqueció a la Compañía de Jesús con un hijo de elevado puntaje en identidad ignaciana.

Hombre cabal, de recia personalidad, es el que, mediante la formación de sí mismo, forja su pensamiento y nutre armónicamente su poder creador, con miras a presentar un modelo humano perfectamente integrado en la sociedad, influyente y atractivo, con capacidad multiplicadora en torno a

sí. Es lo que enseña el mismo Jaime Castiello, en su ya citado libro “Una Psicología Humanista de la educación”. (Editorial Jus, México 1947).

El instrumento para alcanzar semejante meta es la formación, es decir, el residuo del conocimiento metódico que en el individuo dejan sus trabajos de instrucción y educación.

Según el viejo proverbio Latino de Marco Terencio Varrón (116-27 a. de C.); ‘Saca a luz la partera, educa la nodriza, forma el pedagogo, enseña el maestro’.

Sin tener ningunos antecedentes de la partera familiar que ayudo en Guadalajara, en la fecha ya citada, y en la casa de los abuelos maternos de Jaime, Don Justo Fernández del Valle y Dona Josefa Martínez Negrete, a Octavio Jaime a entrar en este mundo, si hablamos ya de Nacha Velázquez a Irma Niel, que con tonalidades mexicanas y francesas, dejaron en su pupilo los primeros residuos de un crecimiento, que se enriqueció después en Inglaterra y se redondeo con la tradicional y metódica formación jesuítica de las décadas de los veinte y de los treinta. El común denominador de disciplina, cierta rigidez -la letra con sangre entra- y del monótono correr de los años del noviciado a la tercera probación, se vio desde el principio “humanizado” en Jaime Castiello por el contacto directo que tuvo con variadas y muy diferentes culturas. En México con la campesina de Buenavista y la citadina de la alta clase de la sociedad a la que perteneció su linajuda familia y a continuación con la inglesa en el recinto colegial de Stonyhurst. Poco más tarde de nuevo con Guadalajara y enseguida con España, Nicaragua, Alemania, Francia y Estados Unidos. El acercamiento a culturas extrañas a la propia, si no se hace en actitud esquiva y huraña, sino simpatizante, abierta y ávida de captar nuevos valores, es uno de los medios de formación más enriquecedores. Espontáneamente le nacía a Jaime esta actitud, acrecentada por el moldeaje que le proporcionarían sus institutrices, de modo que los residuos de conocimientos y educación iban generando, como en capas de fina corteza que se sobreponían, la cabalidad de esta señera personalidad. En su acepción social, la personalidad conlleva irradiación y fuerza sobre los otros, de manera que todos al sentir determinada influencia de quien sobresale por sus cualidades, saquen provecho de la nobleza de su carácter, de sus dotes artísticas, de su palabra bienhechora, de la comunicación de su afecto y de su simpatía hacia los demás. Que tal era el caso del hombre sobre el que versan estas líneas, lo sabemos por testimonio común de cuantos lo conocieron y se trasluce en sus escritos científicos, en sus cartas, en sus poesías. Léase la que va como apéndice a esta semblanza y lleva por título: “A mis amigos”. “Este triunfo del hombre sobre su medio social es finalmente la victoria del amor sobre el egoísmo, en servicio de cualquier causa común digna del hombre”. (Una Psicología Humanista. . . p.26).

Mientras Jaime estudiaba en Alemania, esta irradiación social de que hablamos recayó, entre otros grupos, en el de estudiantes latinoamericanos que se formaban en Europa. Así cuenta él escribiendo a su Provincial desde Valkenburg con fecha 7 de febrero de 1930, un triunfo obtenido en ese campo: “Tengo buenas noticias que comunicarle. Le decía en mi última que de vuelta de Inglaterra, había organizado un “bloque” católico para el Congreso de la Federación de Estudiantes Latinoamericanos. Pues bien, se celebró el dicho Congreso en Bruselas a fines de diciembre y nuestro bloque salió vencedor. A pesar de todos los esfuerzos de un grupo de desterrados cubanos y venezolanos, la Federación no se quiso declarar antirreligiosa y la revista está en manos de un alumno nuestro, Constantino Lacayo. Pasó, en efecto, lo que habíamos previsto, los demás no llevaban un plan concertado y así los nuestros ganaron el día. El próximo Congreso es en octubre y le agradecería a V. R. me diera permiso para organizar otro “bloque” o mejor dicho para fortalecer y extender el actual “J. C.” (Noticias de la Provincia de México, marzo de 1930, El Paso, Texas).

Los hombres completos, perfectamente formados, presentan perfiles muy distintos, según la contextura y el color de los residuos formativos que a lo largo de los años mozos los van configurando. Hay un abismo entre el político y el militar de pura cepa y el investigador, el industrial o el empresario, el profesionista y el sacerdote, que siendo todos modelos imitables, cada uno en su genero, son largamente diversos entre sí.

Jaime Castiello fraguó anterior y simultáneamente con el auténtico hijo de Ignacio de Loyola, en el universitario intelectual de neto cuño “humanista”, con hondas raigambres greco-romanas.

El título inglés del conocido libro de Jaime que ya hemos mencionado, adjetiva el sustantivo Psychology con el vocablo “humane” y no con “human”, y remite a los diccionarios ingleses de Murray y Webster, para la definición del termino. Hela aquí tomada de Webster que incluye la de Murray: “Humane” (humanista): el que tiene las inclinaciones y sentimientos propios del hombre, que tiene, muestra o patentiza disposición para tratar a los demás seres humanos o a los animales con bondad o compasión; bondadoso, benévolo. Al principio “humane” (humanista) fue sólo una variante ortográfica de “human” (humano), pero desde los siglos XVI y XVII se ha ido restringiendo cada vez más para significar cualidades morales. Toda la obra de Rafael se distingue por su carácter “humano” en ambos sentidos “Humano” y “Humanista”. Sinónimos: bondadoso, benévolo, compasivo, simpático, tierno de corazón, indulgente, clemente, generoso”. (Webster's New International Dictionary).

Sin querer desorbitar las cosas, ni convertir a Jaime Castiello en una especie de superhombre, si creo que esa descripción de “humanista”, le cuadra y nos pone delante una buena serie de sus cualidades.

Ser “humanista” en él, era una especie de coherencia obligada con la teoría sobre el humanismo que expuso en sus clases y conferencias y desarrollo en sus escritos. “La psicología humanista, dice en su libro p. 28, haciendo al hombre consciente de todo aquello que es específicamente humano en él, lo humaniza, lo afina y le facilita el triunfo de su razón sobre sus exigencias animales, confiriéndole el poder organizado del pensamiento, el amor y el dominio de sí mismo”.

El humanismo del autor de esos conceptos, no fue solamente el clásico, sino el cristianismo. Así lo diferencia él, unas líneas antes de las arriba transcritas: “aspirando como aspiraban los humanistas paganos a los más elevados ideales, se sintieron absolutamente incapaces para comunicarlos a las masas. Les faltaba la caridad. . . El humanismo cristiano es, en consecuencia, más ardiente, más benévolo, más digno y afectuoso que el clásico (mero trasunto del cristiano)”.

Las actuaciones de todo humanista destacado, deben reflejar, en momentos ordinarios o extraordinarios de su vida, su prócer personalidad. La siguiente descripción que el estudiante jesuita de teología en Valkenburg, nos hace de una intervención suya, nos sirve de botón de muestra, para confirmar este rasgo de su semblanza que venimos presentando.

El 10 de abril de 1929 se celebró en Valkenburg, Hol. en la fiesta del Papa. Él la describe en una carta al P. Provincial Luis Vega y cuando llega la parte en la que él intervino, dice: “A continuación vino la poesía latina de la que diere algo más, aun a costa de la modestia por lo curioso del conjunto. Se me encargó un saludo de las naciones al Papa Rey, y así lo hice, esforzándome por explicar de paso la psicología de cada pueblo. Pero el mejor estudio psicológico fue la declamación de la misma. Declamé yo la introducción e inmediatamente comenzó el desfile. Porque los trazos correspondientes a cada nación habían de ser declamados por representantes de las mismas y en su correspondiente lengua. . .

La parte de México fue la última y la declamé en Tarahumar El Hno. Martínez Aguirre me mandó la traducción desde Sarriá.

Hice lo posible por no decir ningún disparate. Aunque por supuesto, ya podía haber dicho mil y el auditorio no se hubiera quejado. . . Al día siguiente de la Academia recibí de los Hermanos Lituanos en este Filosofado una notita con el siguiente mensaje: “Querido hermano: En nombre de la colonia Lituana desearía darle las gracias por las hermosas palabras que, acerca de nuestra patria escribió usted en su poesía, Dios se lo pagará. Por nuestra parte, hacemos todo lo posible por dar a conocer en la prensa de nuestra tierra, el heroísmo de la Patria de los Mártires, México. Queremos que en nuestro País se sepa cómo allá en la lejana América hay hombres y mujeres que no temen morir por su Dios, y cómo bajo la tiranía de un moderno Nerón florece la santidad del primitivo Cristianismo. Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe. Su intimo Hermano en Cristo, Fr. Pankstys.

Creo que todo escritor y sobre todo autor de algún libro en el que vierte sus pensamientos íntimos, nos proporciona en su producción literaria una imagen de sí mismo. En otras palabras, leyendo entre líneas descubrimos algo semejante a una autobiografía del autor. Esto lo veo verificado por lo que a Jaime Castiello se refiere, en el libro “La Universidad, estudio histórico-filosófico” J. C., F. del V., México, Jus, 1985. El segundo aspecto que enunciamos antes, de la personalidad del autor, como un pedagogo universitario, en el que fraguó el excelente humanista que hemos contemplado, lo encuentro rastreando en dicha obra, y principalmente en su tercera parte. Una teoría que confirma lo que en el hombre conocimos.

Forma el pedagogo, nos dijo Varrón. Una conocida frase de Jaime Castiello es: “Me gusta mucho escribir libros, pero más me gusta formar hombres”. En “La Universidad. . .” (p.87), leemos: “Que al fin y al cabo no son las cosas ni los libros, los que forman al hombre, sino los hombres.” El mayor valor educativo es la personalidad. Ya sabemos que la de Jaime impactaba y, en consecuencia, dejaba residuos formativos. Para que estos residuos sean productivamente recibidos por el formado, tienen que ser transmitidos adecuadamente por el pedagogo, según la exigencia del viejo efato escolástico. “Todo lo que se recibe, se recibe a la medida del receptor”. Ahí de la sensibilidad del que transmite, para que su mensaje caiga en tierra capaz de hacerlo germinar. Si el pedagogo se hace simpático al alumno, éste le abrirá un surco propicio y la labranza fructificará ciento por uno. ¿Qué camino mejor para hacerse simpático, que tomar al alumno tal como es y darle a entender que se le quiere promover? Es el substratum de aquel pensamiento de Goethe que Ignacio Tellechea Idígoras aplica a nuestro Fundador, en su libro Ignacio de Loyola, *Solo y a pie* (p. 278): “Si tomamos a los hombres tales como son, los hacemos peores de lo que son. En cambio, si los tratamos como si fueran lo que debieran ser, los llevaremos a donde tienen que ser llevados”.

Recién llegado a México, “Don Jaime” como luego lo llamaron, no dio la impresión de estar totalmente en la línea que arriba señalamos. Les pareció que hablaba como si estuviera ante un auditorio más bien estadounidense o ultramarino. Fue algo muy transitorio y rápidamente superado.

Fijó pronto su mira en Don Vasco de Quiroga, en Santa Rosa de Lima y en sus auditorios reales a los que impresionó -formó- tan hondamente que aun en fecha tan lejana a su despedida, 1971, pudo escribir Jules de Chanteclair: “Y todavía no podemos dar la vuelta a la página de nuestras vidas que el lleno de contenidos grávidos” (Jesuitas que conocimos y admiramos, Buena Prensa, 1984). Con esta rápida adaptación al nuevo medio, probó de hecho Don Jaime, poseer la verdadera actitud mental de quien ama la sabiduría, requisito fundamental del pedagogo y maestro, tal como él la describe. (o. c. p. 81. . .).

Al buen pedagogo le es indispensable “la actitud soberana del alma que ama sinceramente la verdad”, porque si no posee esa actitud, ¿cómo puede comunicarla a sus educandos y dejarles ese residuo insustituible en todo hombre que sienta en sí mismo la imagen del Creador, toda Verdad? “Esta disposición es en primer lugar, flexibilidad y prontitud de espíritu, es un amor de lo real y un deseo eficaz de aceptarlo, allí donde estuviere y por difícil y amargo que resulte”. “Esa humanidad y veneración ante la huella de lo divino que encontramos en toda obra de Dios y que no es sino el misterioso reflejo de su infinitud; es una ansia íntima de compenetrarse con el espíritu de todas las cosas, con su *ratio* y con su *logos*; es una franca amplitud de un alma que se abre de par en par a toda la verdad, y a todas las ráfagas del cielo y a todos los ímpetus del Espíritu de Dios”.

“Esta actitud de amorosa sencillez, es a la vez valor y recia integridad. Ni renuncia a la crítica; ni cede a los escrúpulos intelectuales. Y entre las luces y sombras de este mundo define su actitud y asume responsabilidades, sin hurtar el hombre, sin temblar, por más que el aceptar la verdad resulte en la crucifixión”.

Yo diría, de nuevo, que al escribir Jaime Castiello estos bosquejos de lo que es la universidad y, en ella, sobre todo, sus hombres, guías y conductores de otros hombres que quieren seguir las huellas de sus maestros, nos ayuda a trazar su propia semblanza. Y al leer esa última frase transcrita “por más que el aceptar la verdad resulte en la crucifixión”, me pregunto si no tuvo él algún vislumbre de que todos sus preparativos quedarían en puras esperanzas. Seguro que no, pero nos revela una profunda convicción de su actitud ante el sacrificio y ante la urgencia de vivir siempre con la lámpara encendida para cualquier eventualidad, consciente además de lo que su preparación costaba a la Provincia, como lo confesó en estas líneas: “Que los sacrificios y esperanzas de mi Provincia no salgan fallidos. Deseo no solamente ciencia, sino ante todo el don de sabiduría: ver claro a la luz de lo eterno y juzgar con acierto en este mundo de la educación, que es el mundo de la verdad y de las almas”. (Javier Ortiz Monasterio, o. c. p. 170).

De aquellas almas, sobre todo, que Dios iba a ponerle en el camino y a las que iba a modelar, traduciendo en sí mismo, en carne y hueso, las ideas que él tenía sobre el plasmador de hombres que él anhelaba ser: “El mayor valor educativo es la personalidad”. “Me gusta mucho escribir libros, pero más me gusta formar hombres”.

La ocasión -efímera por cierto- de vivenciar sus anhelos, se la brindó una escala inesperada que durante un año -1936- hizo en Fordham University, New York. Concedoras las autoridades de Fordham de la preparación y cualidades de su huésped de paso, obtuvieron del Provincial de México que permaneciera ahí durante un curso, desempeñando una cátedra de Psicología.

Por increíble que pueda parecer a primera vista, el hecho fue noticia en New York. Los días 22 y 25 de agosto los principales periódicos neoyorquinos -el *Herald Tribune*, el *New York American*, el *New York Sun*, el *World Telegram*, el *New York Times*, publicaron la nueva de que el Dr. Jaime Castiello ingresaba a formar parte del cuerpo docente de la Universidad de Fordham como profesor en la Graduate School of Educational Psychology. Ocuparía la cátedra de análisis y crítica de las escuelas Behaviorística y Gestalt. A la noticia añadían una breve reseña laudatoria de sus estudios en Europa”. (o. c. p. 253).

El profesor que él aspiraba a ser, lo describió en estas líneas: “Yo me imagino al profesor como alguien que está profundamente enamorado de la verdad y que se la ha asimilado y la quiere poseer más y más. Y porque quiere compenetrarse más y más de ella, elabora una actividad organizada para ir en busca de ella, de tal suerte que, a fuerza de obrar, esta actividad se perfecciona y se convierte en un

método. Esta clase de profesor proporciona a sus discípulos, no un acervo de conocimientos atomizados, sino un conjunto orgánico, compenetrado del mismo amor y entusiasmo que le domina, y al comunicarles esta llama les da también el dinamismo o método de acrecentarla. Este profesor forma, porque comunica al alma de sus oyentes las dos cosas que forman (y no hay sino dos): Ideales y métodos. . .”

“Sus clases serán tales que sus alumnos tendrán que hacerse la pregunta tan lógica: ¿Qué me da la clase que no pueda yo obtener a solas en mi aposento, amarrado a mis libros? Sí, les dará. . . algo que un principiante no puede adquirir: la vista de conjunto y las relaciones de su asignatura con las demás ciencias; el instinto y como intuición de lo que constituye el objeto formal de su ciencia. . . Sus conferencias serán la manifestación de un ideal y la comunicación infecciosa y como el microbio de un amor a la ciencia. . . Cosas son éstas que saltan como chispas y que los libros en general no saben comunicar, a no ser que hayan sido escritos por Platón, San Agustín o Newman”.

Me parecen líneas autobiográficas. Su irradiación no se limitaba a las aulas de clase, sino que trascendía a cuanto ambiente tocaba. Acerca de unas conferencias que dio en Woodstock College, quedo este testimonio en las noticias de la Provincia de Maryland, a la que pertenecía este Colegio: “¿Le he platicado ya que el famoso jesuita mexicano, Padre Castiello, que electrizó a la Comunidad no sólo por sus conferencias sobre los clásicos y la situación de Alemania. . . , sino también por su dominio de la guitarra, cantó algunas de sus canciones medievales y modernas en una merienda? Su manera de tocar esa vieja guitarra sería capaz de reblandecer el Corazón de Calles.”

Se alude a conferencias sobre los clásicos! Éste era uno de los temas que apasionaban a Jaime Castiello y tenía una fe profunda en que si se manejaban como él creía que debían manejarse, son uno de los más valiosos instrumentos para “formar” al hombre. En el capítulo de la Psicología Humanista de la educación, que dedica a los clásicos Griegos y Latinos, puso como epígrafe estos versos de Paul Claudel en *Le Soulier de Satin*:

“Ah! Ce sont ces morts-la
qui mi'ont appris
a regardes les vivants marcher”.
“Ah, sí, son esos muertos
Los que me han enseñado
a contemplar la marcha de los vivos”.

El perfil de Jaime Castiello como humanista consumado, dentro de las limitaciones humanas y como extraordinario pedagogo plasmador de hombres, se vio coronado, en virtud de su respuesta al llamamiento que le hizo el Señor Jesús para entrar a la Compañía de Su nombre, con el rasgo de un jesuita de no vulgar identidad ignaciana. Lo que esto implica lo dice claramente San Ignacio en la Formula del Instituto [3]: “Procure ese tal -cualquiera que en esta Compañía (que deseamos que se llame la Compañía de Jesús) pretende asentar debajo del estandarte de la cruz. . . - traer delante de sus ojos todos los días de su vida a Dios primeramente, y luego está su vocación a Instituto, que es camino para ir a Dios, y procure alcanzar este alto fin a donde Dios lo llama, cada uno según la gracia con que le ayudara el Espíritu Santo y según el propio grado de su vocación. . .”

El traer a Dios siempre delante de los ojos, se concreta en la espiritualidad ignaciana, en el tener siempre presenta a Cristo, a quien todo jesuita debe esforzarse por conocer íntimamente, para mejor amarlo a imitarlo.

En la vocación religiosa y sacerdotal, como en cualquier otra vocación, digamos la matrimonial, por ejemplo, se descubre una extensa gama sobre el modo como cada quien vive personalmente y realiza su propio llamado. Hay desde aquellas vocaciones que pudiéramos llamar de privilegio que se viven en posesión pacífica y sin oscuramientos ni serios tropiezos, hasta las que se viven en lucha más o menos constante y requieren un esfuerzo sostenido, con repensamientos y reafirmaciones del primer “sí”, tras un doloroso restañar de heridas.

Tengo para mí que la vocación del jesuita Jaime Castiello, después de aquella pérdida y recuperación anterior a su entrada al Noviciado, fue una vocación de privilegio. Vio en ella un camino que el Señor Jesús le trazaba claramente y el medio más apto para realizarse en todas las dimensiones que al marchar de los años iba descubriendo en sí. Tal privilegio no excluye, por supuesto, la sujeción a debilidades, cotidianas menudas infidelidades, al veo lo que quiero en sentido paulino y hago lo que me repugna, pero esto queda redimensionado en la lucha de lo bueno por lo mejor, de lo mejor por lo perfecto. Y cada batalla y cada triunfo, se resuelven en una nueva reafirmación y en una más vigorosa puesta en práctica del ignaciano “solamente deseando y eligiendo lo que más conduce” sea al fin último, sea a las metas intermedias que cada quien, iluminado por la gracia, se va fijando.

Un análisis acucioso de la correspondencia, de las poesías de Jaime, de la naturalidad con la que aun en sus obras científicas recurre a Dios, nos dice que lo traía siempre delante de sus ojos todos los días de su vida y así, su mención le fluía espontáneamente.

Uno que otro ejemplo: En 1929 el Señor lo probó terriblemente en el ámbito moral y en el físico. El primero fue con un ataque de escrúpulos que describe así: “He sufrido hoy con escrúpulos como pocas veces en mi vida. . . Estoy con el corazón roto y la cabeza triturada”. Se refugió en Dios siempre presente: “Sencillamente. . . pensar en la misericordia de Dios”.

Por el mismo tiempo tuvo que sufrir una doble operación en los ojos, por un desprendimiento de retina y se vio sometido durante tres meses a un severo régimen de hospital, con la amenaza de quedar definitivamente ciego. He aquí sus sentimientos y su reacción: “La negra horrible desesperación del 12 de octubre, cuando gusté de lleno el Getsemaní del terror de la operación. . . Han sido tres meses del más agudo sufrimiento moral”. -Dios siempre presente-. “Bendito sea Dios por todo”. . . Ratos hubo, sin embargo de horrible coraje: -¿por que? ¿por qué?-, en la parte sensible. Gracias a Dios, mi voluntad permaneció firmemente unida a la de Nuestro Señor”.

Que no se trataba sólo de palabras, de repetir “Dios mío”, “Dios mío”, sin transparentar en la vida esa unión con el Padre, lo confirma un hecho conmovedor que sucedió en el mismo trance de la operación. Una enfermera protestante que lo atendía, se prendó de él, “se enamoró”, me decía Mns. Ángel María Ocampo Berrio, jesuita y Arzobispo de Tunja, Departamento de Boyacá en Colombia- a quien debo esta confidencia y la siguiente- y se quiso acercar a besarlo mientras él tenía rigurosa prescripción médica de no moverse. El enfermo, con serenidad, pero con firmeza, le aseguró que brincaría si lo tocaba y ella se alejó. Ella conmovida hasta el fondo del alma se convirtió al catolicismo y el P. Castiello la bautizó al salir de la clínica. No menos conmovido quizás Mns. Ocampo, que llevó estrecha amistad con su compañero de estudios en Valkenburg, me refirió más de una vez, en Colombia, que un poco antes de que Jaime se enfermara, había estado también seriamente enfermo. En una visita que le hizo su compañero y amigo, le dijo: “Ocampo, ¿sabe de donde vengo? “. “De la Capilla”. “Le he ofrecido mi vida a Nuestro Señor por usted, porque usted va a ser necesario en su patria”. Mns. Ocampo sanó, volvió a Colombia y fue Provincial y Nuncio Apostólico en momentos muy difíciles en que la Iglesia tuvo que arreglar un espinoso concordato con el gobierno y su gestión fue feliz. Mns. Ocampo tiene 91 años y esta muy enfermo en el Hospital del Colegio de Medellín, en

Colombia. ¿Alguna conexión con el fin inesperado de Jaime en México? Otros divagan diciendo que tenía peligro de engreírse consigo mismo y el Señor lo recogió a tiempo. . . Ciegos ante los misterios de Dios, aceptamos los hechos, uno y otros, y veneremos lo que el Señor no tiene a bien explicarnos.

La producción poética de Jaime Castiello, en que por falta de espacio no podemos detenernos, nos atestigua abundantemente ese “tenor a Dios siempre presente”. No hay momento ni valor importante de su vida, y muchos no tan importantes, que no hayan quedado aprisionados en la malla sutil de algún poema. Más aún, sus tesis teológicas no las juzgaba el suficientemente asimiladas, si no las rimaba: “de cada tesis, decía, hay que hacer una píldora para la cocinera (es decir, expresarla en una frase al alcance de todos) y una poesía, para gustar su belleza”.

Al salir de la clínica, ya bien recuperado, se concentró en la preparación para su sacerdocio en el que siempre pensaba: “prepararse al sacerdocio es prepararse para ser medianero entre Dios y los hombres, embajador de Cristo, plenipotenciario suyo en el asunto ultrainternacional de la redención. . . Parece que Cristo Nuestro Señor me dice: “Jaime, las órdenes son el último tren que sale para la santidad. Quien lo pierde...”

Y una vez ordenado, agosto 27, 1931, gozó su sacerdocio con alegría y frescura de corazón, como lo prueba esta nota en la que registra algunas de sus primeras confesiones en el pueblo de Würselen: “Confesiones de 3 a 10 P. M. Primero niños, luego mujeres, luego hombres. Oí 172. Me sentí en el centro del Corazón de Dios, donde palpita la plenitud de la misericordia” (Jaime O. M. o. c. p. 24). Así es, quien tiene el hábito de tener a Dios siempre presente, acaba por llegar al centro de su Corazón.

El sacerdocio le resumaba al recién ordenado, por todos los poros de su ser. Su mística sacerdotal, le embelleció en su poema: “A mi cáliz de palo”. (El cáliz de ese material con el que aprendió a decir misa y el que después cambió por el de oro que quizá le regalaron en su ordenación):

“Yo soy... Señor . . . TU Cáliz
DE PALO DESPINTADO
¿Y en mi pondrás tu sangre?
Mi Dios crucificado!

Yo soy el cáliz de oro
a Cristo consagrado. . .
más. . . a mi lado guardo
mi cáliz despintado.
Y dícame muy bajo:
“te tengo envidia. . . sí.
Los dos fuimos de palo.
Dios te escogió a ti”

Este cambio del cáliz de palo, por el cáliz de oro, del cristianismo con el carácter de tal y el de testigo, impresos por el bautismo y la confirmación, lo estrenó Jaime Castiello en su primera misa, como efecto del Sacramento de la ordenación que había recibido la víspera, el 28 de agosto de 1931. El recordatorio de su ordenación fue original. Tanto que no dejó de recibir algunas críticas, benévolas por lo demás. La estampa reproducía el recio rostro del P. Miguel Agustín Pro, S. J., fusilado en México,

en 1927, tal como lo caracterizó Leo Samberger. En el anverso, arriba, esta leyenda: “El viernes 28 de agosto de 1931, en Valkenburg de Holanda ofreció su primer sacrificio Jaime Castiello y Fernández del Valle, S. J. Y abajo, en el ángulo de la derecha el grito de rebelión satánico, con el (tachado) SIRVIAM (Javier Ortiz Monasterio o. c. p. 272-273).

Este SERVIAM (serviré) nos resume toda la segunda característica de la identidad ignaciana que mencionamos antes: “. . . y luego esta su vocación e Instituto que es camino para ir a Dios”. La síntesis más ceñida del espíritu a identidad ignaciana que corre por ahí en obras especializadas o de divulgación, es ésta: “el servicio por amor”. Si Jaime Castiello concretó su vida en ese “serviré” ya nos dijo que quiso ajustarse a ese imperativo de Ignacio a sus hijos. Y si sabemos de él que llegaba a sentirse en el Corazón de Dios donde palpita el amor, huelga aquí toda amplificación al respecto, teniendo en cuenta los límites de este escrito.

Una pausa final, aunque sea rápida, para ver como, a Dios, lo vio Jaime en Cristo. A Cristo llegó dulcemente por María. “En una de sus poesías la llamo: “Nuestra Señora de la Metafísica, dulce Madre del Ser”. No era éste nada más un ingenioso juego de palabras. Para él personalmente, fue Ella en Madre del Ser, es decir de su vocación a la Compañía, al servicio de Dios, según su propio testimonio: ¡Dulce Virgen María! Gracias por todo lo que has hecho conmigo. Tu me diste vocación a la Compañía de Jesús”. . . Y consolando en una ocasión a un jesuita ahogado bajo el peso de las dificultades: “¿Sabe usted por qué me sostuve? -Saqué mi rosario y se lo puse en la mano: Por esto”. (Javier Ortiz Monasterio, oc. p. 246).

“Ad Jesum. . .” A Él lo llevo María, y su modo personal de verle y amarlo, de proponerlo a todos como modelo, lo encontramos diáfano expuesto en la tercera parte del libro La Psicología Humanista de la educación. Siguiendo por tanto la hermenéutica antes usada, en esas páginas intuiremos al Cristo de Jaime Castiello, del que no pocos rasgos idénticos, no sistematizados encontramos en sus poesías y otros escritos.

El Instituto Teológico de la Vida Religiosa, de España, organizó la XVI Semana Nacional para Religiosos y Religiosas, (21-25 de abril 1987), con el tema y bajo el título: “Fascinados por Jesucristo”. Identidad cristológica de la vida religiosa.

Fascinado por Jesucristo, con la nota de identidad cristológica, integrante imprescindible de la identidad ignaciana, se traduce Jaime Castiello en la paste citada de su libro.

Precisa que “personalidad” en sentido psicológico habla de posesión de sí mismo y en su acepción social de irradiación de la persona en la contribución a la vida de la comunidad por medio del pensamiento, la belleza y el heroísmo. “Entre las eminentes personalidades de las naciones o de la historia de la humanidad encontramos a los grandes científicos, a los artistas, a los grandes héroes que han prestado estimables servicios a su país o a la humanidad entera. Ellos constituyen el verdadero mundo de la aristocracia”.

“Siendo esto así, surge una pregunta, la más fundamental, a la que debemos responder: entre los miles de grandes hombres que han vivido y servido a Dios y a la sociedad, ¿cuál de todos debemos escoger como ideal y fuente de inspiración? Ha de ser uno que sea al mismo tiempo profundo pensador, artista y héroe. Un chino sugeriría probablemente a Confucio, un hindú a Buda, un persa a Zoroastro. Un racionalista humanitario escogería casi ciertamente a Sócrates. Todos estos hombres fueron verdaderamente grandes y por eso podríamos aprender mucho de un estudio de su personalidad. Sin embargo, muchos Padres de la Iglesia Griega sostienen que toda verdadera grandeza humana es sólo un

pálido reflejo de la grandeza y belleza ideales de Dios. Por esto ningún otro fuera de Él debe tomarse como modelo, así sea Confucio, Buda, Sócrates o Zoroastro, pues éstos son únicamente débiles reflejos del Ideal”.

“Sólo existe y solo ha existido un Hombre Ideal en la historia de la humanidad. Un hombre misterioso, muerto hace dos mil años que, desde las profundidades de su sepulcro, prosigue haciendo girar en torno de Sí millares de vidas humanas, inspirándolas e impulsándolas a la realización de ideales que contradicen todos los anhelos y tendencias animales, y exigiendo de ellas una renuncia -en muchos casos efectiva- de todo lo que aman: riqueza, poder, familia, libertad y aun de la propia vida. Este hombre misterioso cuya vida entera fue anunciada en símbolos vivientes y profecías, transfigurada por la aureola de los milagros y coronada por la sangre del martirio; cuyo triunfo fue la victoria de la debilidad sobre la fuerza -ya que la mera fuerza física es la debilidad verdadera y la fuerza espiritual nunca es débil-, este hombre misterioso es Cristo, el Hijo del Padre, su Ideal. Él es el hombre Ideal. En Él, por tanto, hemos de estudiar todo lo que es específicamente humano en la naturaleza del hombre: la calidad de su pensamiento humano, la belleza de sus palabras creadoras y la armonía de su actitud moral”.

El desarrollo vigoroso de la tesis arriba, con tanta convicción y cariño, asentada, recorre las tres actitudes básicas del pensamiento humano: la unificadora, la analítico-sintética y la intuitiva, y prueba que en Cristo se dieron todas tres en grado eximio. Ellas son el pedestal para hablar a continuación de “la personalidad de Cristo como un genio creador”. Inteligencia creadora es la que se muestra capaz de superar las barreras de los convencionalismos locales y de aportar al mundo algo nuevo.

Pues bien, la mayor novedad que Jesús aportó al mundo, además de misterios tales como el de la vida propia íntima y familiar de Dios, la Santísima Trinidad, etc. fueron los aspectos morales de su mensaje: pureza, matrimonio, virginidad. . . Asimismo afirmó que “de los pequeños es el reino de los cielos” y que éste “pertenece a los niños”. Así dio el golpe de gracia al paganismo material y al materialismo judío, que se basaron en la pompa, en el poder de Roma y de Jerusalén.

Lo que nos interesa ahora no es el resumen de estos contenidos del libro de Jaime Castiello, sino caer en el cuenta de que él los desarrolla con aire de novedad y de vivencia personal, que nos ponen delante lo que llevaba dentro, más en el corazón que en la cabeza, como nota individuante de su identidad cristológica, como un “fascinado por Cristo”.

En escala ascendente de esa fascinación habla luego de “Jesús considerado como un héroe” su héroe- y concluye analizando “el Humanismo de Cristo”. El sabio, el científico, el héroe mismo, pueden carecer del atractivo de la simpatía. Ser rígidos, inexorables, retraídos. Otros, y a la cabeza de ellos va Jesús, son cordiales, francos, sencillamente amables, atrayentes. “Como el calor resplandeciente del hogar en un día frío”.

El “interés amoroso” constituye la quinta esencia del humanismo cristiano. Ese “interés” debe ser “amoroso”, porque no basta la curiosidad intelectual por las cosas humanas para constituir el humanismo cristiano. Esta clase de humanismo, que es conocimiento armónico, amor desinteresado, e interés alerta con una afectuosa entrega de sí mismo, es uno de los rasgos más sobresalientes del carácter humano de Jesús. Con frecuencia se llama “El Hijo del Hombre”, sabiendo ser “El Hijo de Dios” y así muestra su ternura hacia la naturaleza humana.

En palabras y acciones, Jesús se mostró verdaderamente humano. Vivió la vida ordinaria de los hombres comunes de su tiempo y se hizo amar por todos los que no cerraron voluntariamente su

corazón a la verdad. Nada lo aparta de las ovejas negras de su rebaño, porque distinguió entre el hombre y el pecador. La Magdalena, la adúltera, el buen ladrón y las parábolas de la oveja perdida y el hijo prodigo son monumentos imperecederos de su misericordia.

Jesús fue vigilantemente simpático en sus relaciones con la naturaleza. Con sus palabras se puede reconstruir toda la vida palestinense en su marco ambiental y en sus costumbres familiares y sociales: “el ama de casa, feliz, que rebosa de alegría por haber encontrado la dracma perdida; la infeliz madre con dolores de parto; el negociante fatuo y egoísta echando planes complicados para pasarla bien; el patricio rico y empedernido, insensible a los sufrimientos de los mendigos; los fariseos con sus anchas filacterias y su pomposa seriedad, su solemnidad y su hipocresía; la astuta sagacidad de Herodes, artero como un zorro; el chiquillo en la plaza, obstinado y descontentadizo, difícil de contentar, porque no quiere contentarse; el sembrador, el segador, el pescador; la lluvia, el sol, la belleza de las flores, más admirables en su bella sencillez que Salomón en su gloria”. ¿No revela esta enumeración que para todo tenía Jesús un amor, una simpatía y el afecto inteligente de un artista por las criaturas que fecundan su mente?

Justo y misericordioso, idealista y realista, jefe y siervo, intelectual y amante, rey y amigo, Jesús armoniza en su personalidad todas las tendencias parciales y opuestas de la vida humana. Y así como no hay la menor discrepancia entre su doctrina y la práctica de su vida, entre su conocimiento y su acción, así tampoco la hay entre los trabajos parciales de sus diferentes actividades. Es íntegro y es uno.

Él, mejor que nadie, puede enseñarnos a pensar, a amar y a formarnos a nosotros mismos según el ideal de belleza moral que Él nos reveló y vive en nosotros. Si somos educadores, esto es, si la materia prima que manejamos no es mármol o madera, sino hombres, Él nos enseñará a formarlos con mayor perfección que ningún otro pedagogo. Porque Él vino para que el hombre, por la conquista de la parte animal de su naturaleza, fuera como Él mismo y tuviera una vida más abundante cada vez. “Ut vitam habeant et abundantius habeant”.

¡Ved a Cristo nuestro Rey!
El también sabe de guerra porque tuvo su milicia
Y mejor que los marinos Él maneja con pericia
las jarcias en alta mar. Ya en la gloria nos aguarda,
y mirando en todas partes los afanes de los hombres,
el amor lo inclina a ellos, su cuello abrazar ansia
y besándolos gritar ¡sois vosotros otro Cristo!
Así Dios en carne humana cual vosotros trabajó:
y si de nuevo en el mundo -grita Cristo- yo viviera
cual los hombres viviría.

Gerard Manley Hopkins El Soldado.
(Una Psicología Humanista, p.p. 221-248 passim).

Tal era el Cristo de Jaime Castiello. Por el que vivió fascinado. El que lo espoleó a lo largo de su vida, a imitarlo con toda la precisión y generosidad que humanamente y al alcance de la gracia recibida le fue posible. Nos habla de Él, no como el sabio investigador, como el biógrafo objetivo o como el teólogo erudito, sino como el admirador enamorado de su héroe y de su modelo. Por eso, a través de lo que escribió, nos traza el rasgo personal, revelador de su identidad cristológica ignaciana, tercer fecundo surco de su labranza, del que debemos recoger maduros frutos para tener a la mano un modelo estimulante en nuestro anhelo de ser perfectos como perfecto es nuestro Padre Celestial.

Ya dejamos antes afirmado que la enumeración de las cualidades y los logros de Jaime, no suprime las crisis, las luchas, las debilidades de todo hombre que lleva el peso de una carne herida y vive en el encarcelamiento de un cuerpo corruptible. La diferencia con otros hombres que no alcanzan ante sus semejantes la talla de dechados, está en que éstos no sucumben, luchan, hacen de sus crisis momentos de crecimiento y de la hondura de sus debilidades brincan hasta el Señor Jesús que les tiende la mano y los invita de nuevo a caminos hacia arriba: cuanto en ellos pueda haber de negativo, va integrado en su ansia de superación y les autoriza a decir, aunque no con palabras, como Pablo: “Sigan mi ejemplo, como yo sigo el del Mesías” (1 cor. 11,1).

Termino este ensayo sobre Jaime Castiello y Fernández del Valle con un retrato que de él hizo el Lic. Antonio Gómez Robledo, conocido intelectual y diplomático mexicano, libre de toda sospecha de parcialidad o exageración emotiva: “Cuando le vi por primera vez fue en Roma y en el acto de oírle dar su espléndida conferencia sobre la universidad ante los miembros del primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, en diciembre de 1933. Ahí estábamos entre los mexicanos García Robles, Santiago López, Toral Moreno, Garay, Islas García, todos colgados de su voz. Fue, en efecto, como digo, algo providencial, porque el tema era de tal naturaleza que permitió al conferenciante mostrarse de golpe y por entero en su núcleo intelectual más entrañable. La Universidad había sido para Don Jaime, después de su comunidad y su cotidiana convivencia más tiempo, el campo de su apostolado. Y la Universidad estaba allí, mientras él hablaba, en su historia y en su esencia, cautivante y arrebatadora, como la forma sensible más plena y más bella que por ventura puede en este mundo asumir el espíritu.”

“Fue una vivencia aquella que no olvidaré jamás, y que he redimido con los años una y otra vez al leer y releer aquella pieza magistral, muy superior pare mí, digo como cristiano, a esos otros ensayos sobre la Universidad que más curso ha tenido: el de Jaspers, el de Ortega, el mismo de Newman. En Newman se había inspirado en gran parte, y lo declaraba lealmente así, Jaime Castiello, pero afortunadamente tenía también no sólo su educación británica, sino, en la etapa última de la formación, sus estudios en Alemania, y sobre todo esto su buen fondo ecuménico hispanoamericano, y pudo por todo ello tener de la Universidad una visión más amplia que la del gran cardenal, para el cual, inglés al fin, la Universidad no tiene en definitiva otra misión -es fuerza reconocerlo- que la formación del gentleman. Esto era también, y cuan cumplidamente, el Padre Castiello: un gentleman en quien se realizaba ese tipo humano descrito insuperablemente por Newman: He who never inflicts pain. Esto lo llevaba de Inglaterra, y cuantos le trataron podrán decir cómo jamás hirió a nadie, y cómo sabía percibir y comprender el punto de vista ajeno. Pero además de esta hermosa cualidad de poder convivir pacíficamente con otras mentalidades, Don Jaime tenía también, por su condición de religioso, por su formación filosófica, por sus estudios en otras partes del Continente Europeo, la otra cualidad complementaria del compromiso, sin la cual por sí sola desembocaría en una culpable naturalidad. Por su formación británica, Don Jaime era un empirista en el mejor sentido de la expresión; un hombre enemigo de aplicar a la realidad viviente esquemas preconcebidos un mayor examen. Por su disciplina germánica, en cambio, era un apasionado del sistema, de los grandes sistemas del idealismo alemán, y muy en concreto, pues no estoy hablando en metáfora, del mayor de todos. A menudo le oímos decir que si no hubiera sido católico, habría sido hegeliano, y nunca hizo el menor misterio de su gran admiración por el filósofo de la dialéctica.”

“Pues así era el hombre que non hablaba de la Universidad aquella mañana luminosa de aquel invierno en la Ciudad Eterna, con profundidad germánica, con flexibilidad británica, con cordialidad hispanoamericana, moviéndose libre y desembarazadamente por todos los territorios de la cultura unificándolos armoniosamente con la idea de la Universidad. Nada le era extraño, pero a nada estaba confinado y adscrito, digo en el orden humano, con deformación profesional o profesoral, o con ciego

proselitismo. Eran una y otra cosa, su palabra y el hombre que la profería, una de las encarnaciones más cabales que en mi vida me ha sido posible palpar, de mi ideal de cultura como organismo viviente, de un alma abierta a todos los valores, y que por ello mismo no pierde su espontaneidad vital. Y por último, pues de otra suerte el cuadro quedaría incompleto, todo ello con el afán consustancial de centrar y potenciar todo saber y todo vivir, todo el saber teórico y toda la experiencia axiológica en quien es cifra de la eterna sabiduría y recapitulación de todo lo creado: *Ut cognoscant te, Deum verum, te quem, misisti Iesum Christum*. Estas palabras de San Juan, que definen todo apostolado, y por ende el del intelectual cristiano, se encuentran reiteradas veces, si la memoria no me es infiel, en los escritos del Padre Castiello como lema supremo de su vida y de su obra.”

“Por eso fue, por la cierta primacía que en una mente tan clara debía tener el fin sobre los medios, por lo que Don Jaime acepto con tanta alegría su última ambición en su propia tierra, en esta querida tierra suya y nuestra, para todo intelectual, y más aun para el intelectual cristiano, continua siendo país de misión. A cuantos confortables hábitos oxonienses, digámoslo así, hubo de renunciar, no hay que decirlo; pero el intelectual cristiano, una vez más, ha tenido muchas veces en estas renunciadas su momento supremo, pues la verdad no es para el tanto un objeto de complacencia íntima cuanto a un legado que hay que llevar a quien lo necesite más y por los medios que le sea posible: ‘Construir la Jerusalén celeste con adobe mexicano’, ese otro gran lema de Don Jaime Castiello. No era entre los muros luminosos de Oxford, sino entre los polvorientos y mal trazados caminos mexicanos, donde Dios quiso que estuviera al final, hasta pedirle la vida en una mala curva de esos caminos que van tan caprichosamente por la inmensa extensión de la patria. Y ésta fue la última lección del Padre Castiello: la de mostrarnos que si el intelectual cristiano vive en las ideas y desde las ideas, se debe también sin reservas a la patria y a Dios”.

SINTESIS DEL PENSAMIENTO PEDAGOGICO DEL P. JAIME CASTIELLO

En la semblanza que procede del P. Castiello, hemos hecho mención, más de una vez, del modo como el P. Jaime concebía la educación del hombre.

Formar, educar, constituía para él, todo un ideal. Repitamos una de sus frases favoritas: “me gusta escribir libros, pero más me gusta formar hombres”. He aquí su ideal como educador. ¿Pero cuál era el ideal de su educando, qué tipo de hombre anhelaba sacar de la joven arcilla que le tocaba tener entre las manos? Un hombre que, como él decía “fuera dueño de sí y de sus actos”. “Anima mea in manibus meis semper”. Un hombre que se pusiera ante los ojos, como meta inasequible, pero siempre estimulante, el ejemplo de Cristo, “El ideal de la personalidad”, como dice Jaime Castiello, al titular con esta frase la Tercera Parte de su libro: “Una Psicología Humanista de la educación”. En este libro encontraremos la síntesis que buscamos. La serie de folletos que le precedieron, quedaron asumidos en estas páginas. La tesis doctoral: “La Formación Mental”, está agotada, así que no la tenemos a la mano. En cuanto la recuerdo, es una presentación con rigor más científico y sistemático de un punto de todo el conjunto de su teoría sobre la educación. Esta teoría no hay que concebirla en el P. Castiello como algo abstracto y especulativo, tipo escolástico, sino como un cuerpo de doctrina perfectamente asimilado y expuesto, como un instrumento eminentemente práctico que ha de ser puesto en manos del educador para que moldee, como hábil escultor o alfarero, su obra maestra.

Era fundamental para el autor de “Una Psicología Humanista de la Educación” conocer al hombre. “La materia prima de la personalidad”, titula él la primera parte del libro. Ahí pone énfasis, ante todo, en darnos una idea clara de lo que es ser “humanista” y de cual es el papel trascendental del profesor.

“Humanista”. “Humanismo”. Humanismo fue ante todo un hecho histórico. La historia del pueblo Griego, extraordinariamente “armónico”. Ni puramente intelectual, ni puramente administrador, ni puramente emotivo o imaginativo. Una amalgama que se plasmó a sí misma -equilibrio y armonía- en su arte, en su historia y en su vida política. Esta armonía y equilibrio lleva el sello del espíritu y con él, el de la riqueza de los grandes valores espirituales a ideales.

Sin embargo, el humanismo clásico, pagano, es, en general, más frío y más exclusivista que el humanismo cristiano al que nos estamos refiriendo. Cristo predicó como fundamento de su doctrina y pilar inmovible de las relaciones humanas, el amor, la caridad. Sin el calor que estas notas dan a la vida humana, ya no es concebible un auténtico humanismo. El P. Castiello pone tales aspectos como integrantes del humanismo que él propugna, sobre todo porque considera que la dimensión afectiva ha sido un tanto descuidada en la educación y sin ella la tarea educativa no merece llamarse integral, como pretende que lo sea cualquier institución educativa que se precie de tal calificativo.

Partiendo de esta idea clara, aunque a un tanto general de humanismo, el P. Castiello busca adentrarnos en el conocimiento de las facultades del hombre que engloba bajo tres rubros: El Pensamiento, el Poder Creador y la formación de sí mismo. En el tratamiento de este tercero, bajo la forma de conclusión pedagógica, se menciona la fuerza de la voluntad. Es característico para entender el concepto de educación del Dr. Castiello, la importancia que da al Poder creador y siempre en relación con el prototipo del humanista que él persigue.

Va por delante el estudio *del Pensamiento*. Quizá un poco por reacción al ambiente materialista que se respiraba cuando él escribió y precisamente en Estados Unidos, él enfoca toda su artillería a defender la espiritualidad del Pensamiento, con su independencia de tiempo, espacio, instinto y materia. Más que insistir en el hombre pensante como un “razonador”, (un escolástico), se recrea este capítulo del Pensamiento, en hablar de: “El hombre: el contemplativo”. Se concluye el tema afirmado él: “Poder infinito del Pensamiento”. La contemplación, en sí misma y por sí misma baste al hombre. Es un reclamo que trasciende las exigencias biológicas: lo lleva a buscar la verdad, la interpretación del mundo, el significado de las cosas y, en consecuencia, a construir el glorioso edificio de la ciencia. De esta manera el ser humano se siente “un príncipe y un hombre libre que vive en el espacio infinitamente abierto de la inteligencia”.

El Poder Creador es un tema tratado con cariño y competencia. Como si el solo vocablo “Creador” debiera llevarnos como de la mano, de la criatura, al único ser que es en realidad “Creador”. El desarrollo de este apartado, con los subtítulos correspondientes, nos ponen ante una imagen atractiva y “creadora” del hombre. El poder educativo de la estética que, como varita mágica despierta en nosotros virtualidades dormidas, la tendencia de la acción creadora, su autonomía y contacto con la realidad, etc., nos hablan de alguien creado a imagen y semejanza de quien lo puso en el mundo. La acción creadora del hombre, lo pone en contacto con la realidad que lo circunda y aun con la realidad universal. Casi podemos afirmar que la pujanza y la envergadura de la inspiración que precede a la acción creadora, está en razón directa del contacto con las realidades mencionadas. Éstas son el estímulo vigoroso que desencadena la actividad creadora. Y puesto que la inspiración nace del contacto con la realidad, de aquí la habilidad necesaria en el pedagogo o maestro para provocar ese contacto en forma eficaz.

La *Formación de sí mismo*: esta tarea es, en el concepto del P. Castiello, una actividad individual y personalísima. Nadie puede suplirla ni existe vicariedad posible. La introspección, prerrogativa humana exclusiva, da al hombre el inventario de sus pertenencias constitutivas, hábitos, razón, emociones. . . y le pone delante el camino que ha de seguir, bajo la acción rectora de la voluntad, para

ser el Arquitecto de sí mismo. La contemplación del prototipo escogido, es el mejor aliciente de la propia actividad en la Formación de sí mismo.

Los moldes de la personalidad. Los instrumentos de la Formación, vienen calificados por el P. Castiello, como “Moldes de la Personalidad”. Tales son las lenguas, la historia, la filosofía y la religión, enseñadas y estudiadas con la actitud humanista ya conocida y sobre la que aún se ha de profundizar.

Apasionado como era el P. Jaime Castiello, sin exclusivismos reduccionistas, por la cultura Grecolatina encontró precisamente en los Autores Griegos y Latinos los “moldes” que buscaba. Partiendo del concepto ya expuesto del humanismo e insistiendo que el humanismo no tanto depende de la materia de estudio, cuando de la actitud y el método de aprender y enseñar, explica lo que son los clásicos: son aquellos autores cuyas obras literarias -de cualquier género que sean- redactados con toda perfección gramatical y estilística, dan a la imaginación, al sentimiento y al pensamiento, su lugar propio Según la índole de cada facultad y su armónica colocación en el conjunto. No hay una distribución aritmética, sino una proporción valoral de acuerdo con el fin de cada obra, dentro de su propio género literario. Naturalmente que en las obras de gran envergadura y en el conjunto de obras de una edad de oro literaria, queda aprisionada y se transmite a los lectores, toda la cultura de un país. Las obras clásicas son así espejo de sus artífices y modelos de humanidad para los pósteros. Por eso, con magistral acierto, el autor de “Una Psicología Humanista de educación” pone como epígrafe de este capítulo, el inspirado verso de Claudel, en “Le Soulier de Satin”:

“Ah, Ce sont ces moms lá
qui m'ont appris
á regarder les vivants marche”.

“Ah! sí, son esos muertos
los que me han enseñado
a contemplar la marcha de los vivos”.

En las producciones de esos muertos, tiene puesta la mesa el profesor que los use como instrumentos para forjar hombres. A través de su estudio debe el maestro comunicar ideales y métodos. Para obtener tal objetivo debe cuidarse quien los usa, de no minimizarlos buscando en ellos sólo gramática, estilo o poesía, pensamiento o uno a otro de los aspectos de la cultura, sino todo el bloque histórico y humano que entrañan, para aplicarlo, como un troquel al alumno. De esta manera le comunicará estímulos que vayan despertando en el educando sus respectivas potencialidades.

Y quienes no sean catedráticos de estos autores -que es deseable que siempre los jóvenes los estudien en un momento de su carrera, aunque sea en autores vernáculos de los diversos siglos de oro nacionales- tienen que adoptar esa actitud humanista contagiosa que surta los mismos efectos. Esta frase feliz de D. Jaime nos penetra hasta la entraña de lo que vamos diciendo: “Existe lo que pudiéramos llamar un humanismo científico, y los estudiosos del Folklore han descubierto, con cierta sorpresa suya y de otros, que existe también un humanismo campesino”. El instrumento que ha de manejar hábilmente el enseñante es “el análisis”, que haga patente al incipiente los valores del autor que se estudia, o el valor trascendente de cualquier materia -física, geología, computación. . . - que va más allá de los concretos y desvela horizontes de humanidad y aun de . . . divinidad a través de una fórmula matemática, de un silogismo, o de un tema de ciencia ficción. La actividad ante todo eso, el método y el ideal que se presente, son los parteros que sacan de la Facultad dormida del alumno, el germen de un gran hombre, tal vez de un genio.

El Ideal de la Personalidad: Para que el estímulo que se ponga al joven de grandes aspiraciones como debe tenerlas normalmente la juventud, no encuentre cortapisas en sus aspiraciones, el P. Castiello le pone como ideal, nada menos que a Cristo, dechado y modelo de toda perfección. Porque, Según dice él:

“Sólo existe y sólo ha existido un Hombre Ideal en la historia de la humanidad. Un hombre misterioso muerto hace dos mil años que desde las profundidades de su sepulcro prosigue haciendo girar en torno de sí millares de villas humanas, inspirándolas e impulsándolas a la realización de ideales que contradicen todos los anhelos. y tendencias animales y exigiendo de ellas una renuncia -en muchos casos efectiva- de todo lo que aman, riqueza, poder, familia, libertad y aun de la propia vida. Este hombre misterioso cuya vida entera fue anunciada en símbolos vivientes y profecías, transfigurada por la aureola de los milagros y coronada por la sangre del martirio; cuyo triunfo fue la victoria de la debilidad sobre la fuerza -ya que la mera fuerza física es la debilidad verdadera y la fuerza espiritual es débil-, este hombre misterioso es Cristo, el Hijo del Padre, su Ideal. Él es el hombre ideal. En él, por tanto, hemos de estudiar todo lo que es específicamente humano en la naturaleza del hombre: la calidad de su pensamiento humano, la belleza de sus palabras creadoras y la armonía de su actitud moral”.

Con Cristo ante los ojos y en el corazón- hay que reestudiar la naturaleza de la personalidad, las tres actitudes básicas del pensamiento humano, la naturaleza intuitiva del pensamiento, la cualidad analítica del genio moral, el poder sintético del pensamiento moral y -en síntesis- la personalidad de Cristo como un genio creador y como un héroe. Todo con el enfoque del auténtico humanismo que el P. Jaime Castiello nos inculcó y del que él mismo fue un insigne prototipo.

De esta manera la síntesis del pensamiento pedagógico del P. Castiello, converge con la síntesis de todo humanismo cristiano que en Cristo se diviniza y nos lleva a Dios principio y fin de toda la creación y de toda humana actividad.

PRINCIPALES ESCRITOS

- ❑ Artículos varios en revistas como América, Abside, Thought, etc.
- ❑ La Universidad. México 1933. Reeditada, Jus, México 1985.
- ❑ Geistesformung, Beitrage zur experimentallen Erforschung der formalen Bildung, Bonn, 1934. (Fue su tesis).
- ❑ La Formación Mental. México 1944. (Su tesis traducida por Pedro Zuloaga).
- ❑ Una Psicología Humanística de la educación. México 1947. El original en inglés. Traducida a varias lenguas. Trad. al Castellano por Manuel Acévez, S. J. 1947
- ❑ Notas de Mi Magisterio. Granada, Nicaragua 1925-1928.
- ❑ La Psicología de la educación Clásica. Versión del inglés por Manuel Acévez, S. J. México 1944.
- ❑ Tres Ensayos de Psicología Pedagógica. Versión española de Manuel Acévez, S. J. México 1945.
- ❑ La Psicología de los hábitos Intelectuales y Morales. Versión del francés por Manuel Acévez, S. J. México 1946.